



II Premio Digi-Book de Relatos

La mujer despechada

Ángel Company



LA MUJER DESPECHADA

*A mi hermano Héctor,
por aquellos días inolvidables.*

I. La larga espera

Llegamos pronto al aeropuerto de Salzburgo. Aquella noche gélida a ocho grados bajo cero no hacía sino augurar cómo iba a ser la espera. El trayecto en autobús desde el piso de estudiantes no había sido largo. Pasó el autobús 14 hacia el centro e hicimos trasbordo en Hauptbahnhof, la estación central. Tras varias paradas sin trasiego de gente en busca de su cálido hogar decidimos que la siguiente era la correcta.

Demasiado pronto llegamos si tenemos en cuenta que eran alrededor de las diez de la noche y nuestro avión hacia Palma de Mallorca no salía hasta las siete de la mañana. Al entrar, me puse a mirar en el panel luminoso para confirmar que nuestro vuelo salía al día siguiente. En efecto, salía como estaba previsto y en la única terminal del pequeño aeropuerto Wolfgang Amadeus Mozart de Salzburgo. Pronto me empezaron a venir a la memoria los recuerdos que tenía de aquel aeropuerto, mi llegada a la ciudad en pleno temporal de nieve a sesenta grados bajo cero en altura, la recepción de mi hermano Héctor, así como los conciertos en la ciudad y aquellos días inolvidables entre frío, nieve, cerveza de trigo, mercados de navidad y el típico acento del alto alemán.

La sala del aeropuerto era un rectángulo enorme y parecía que al fondo había una hilera de asientos cómodos donde poder dejar el equipaje. Me equivoqué en lo de

cómodos, como más tarde me percataría, pero desde allí se controlaba toda la sala de espera. Dejamos las maletas, bolsos de mano y el trombón de mi hermano, y me fui al servicio. Fui caminando hasta la mitad de aquella enorme sala iluminada con neón y bajé las escaleras donde una pequeña placa rezaba “Toiletten”. Al bajar se encendió una luz automáticamente, había dos puertas exactamente iguales, con los letreros “Damen” y “Herren” y ningún tipo de dibujo que dejara entrever qué significaban aquellas palabras escritas en la lengua del genial Stefan Zweig. Entré en el que ponía “Herren” y supe que acerté cuando vi los urinarios adosados a la pared.

Al subir de nuevo vi a mi hermano al fondo intentando descansar. Como no tenía ningún tipo de prisa y aún era relativamente pronto decidí limitar la amplitud del paso a una baldosa para así tardar un poco más en llegar al otro extremo. Saqué el *orangensaft* y el *apfel strudel* que habíamos comprado del Billa y comí un poco. Le dije a mi hermano que se recostara en varias sillas. Tenía que descansar puesto que llevaba varios días de celebraciones pre-navideñas. Yo, en cambio, saqué mi viejo Nokia y me puse a jugar a la serpiente mientras recorría el aeropuerto de extremo a extremo intentando cuadrar mis pasos a las baldosas del suelo sin pisar los bordes.

Cuando llegué al otro extremo pude ver que tras un cristal había una mujer con un carro de limpieza que en seguida levantó la mirada al notar mi presencia. Dejé mis movimientos mecánicos de los pies y seguí mi camino de regreso al otro extremo de la sala sin parecer un autómatas o un miembro de la guardia real británica. Cuando regresé, mi hermano dormía, aunque las luces le molestaban y aquellas

butacas sin apenas acolchar no permitían que se le pudiera llamar descanso a aquel ejercicio de horizontalidad.

Me puse el gorro, la bufanda y los guantes y volví a salir del aeropuerto. Me gustaba notar aquel frío intenso de los Alpes, cómo se mete en los huesos y va recorriendo las piernas hacia arriba si no llevas buen calzado. El mero hecho de respirar provocaba una pequeña humareda delante de mi rostro, como en las películas de Bogart, confiriéndole a la situación un halo de glamour.

Mi hermano se había dormido y no le quise despertar. Me senté en una butaca al lado de sus pies y saqué los auriculares para el móvil. Me percaté de que aún no eran las doce de la noche y aquella enorme sala rectangular estaba completamente muerta. Sintonicé sin demasiada dificultad Salzburg Radio, con la típica radio fórmula de super éxitos. Tras una breve locución en alemán empezó a sonar la inconfundible voz de David Risbal, lo cual me confirmó lo globalizado que estaba el mundo y la falta de ideas que recorre nuestro querido viejo continente. Pese a resultarme agradable escuchar música en castellano, cambié de emisora como por acto reflejo y quedó sintonizada una emisora de música clásica donde parecía que sonaba Mahler o Wagner.

Tras unos minutos de relajación sonaron las doce en punto y se apagaron de golpe las luces de la sala, dejando tan sólo encendidos unos pequeños pilotos esparcidos por el techo que conferían a aquella sala un aspecto mucho más lúgubre si cabe. Vi a lo lejos un guardia de seguridad que estaba junto al control de pasaporte, observé cómo se ponía su abrigo y su gorro y salía por la puerta, en busca seguramente de un hogar cálido donde descansar después de su jornada laboral.

Estábamos solos en el aeropuerto, sin guardias de seguridad y sin apenas luz. Los minutos se hacían eternos. Me

recosté un poco en el asiento y puse los pies en mi maleta dura para estar un poco más cómodo y asegurarme que si me dormía no me la robarían con tanta facilidad, pero allí podría haber dormido a pierna suelta y no me habrían robado ni un euro. La música me relajó y pude permanecer un buen rato escuchando música a bajo volumen mientras cuidaba de nuestros equipajes. Pude descansar un poco las piernas y la espalda hasta que entró una mujer por la puerta del aeropuerto y el curso de la noche cambió completamente.

II. La desesperación

Aquella mujer desconocida entró nerviosa y con prisa al aeropuerto alrededor de las 2:15 de la madrugada. Se dirigió a la zona de cafeterías y comprobó que estaba todo cerrado. Al rato pude ver que volvía hacia donde nos encontrábamos nosotros, con prisa, nerviosa, mientras las ruedecillas de su maleta provocaban un verdadero estruendo. Cuando estaba ya bastante cerca pude ver con claridad su rostro pálido, sus manos temblorosas. Se dirigió a mí y me preguntó en inglés si tenía fuego. Sí, *of course*, le dije al tiempo que buscaba en mi mochila vieja. Aunque que no fumo suelo llevar siempre en ella un mechero, por si acaso. Le extendí el mechero y se encendió allí mismo un pitillo pese a estar estrictamente prohibido fumar en aeropuertos. La vi tan temblorosa que abrí el otro compartimento de la mochila y le ofrecí un poco de zumo de naranja para que se relajara. Mi hermano se despertó y le dije en valenciano que no pasaba nada, que siguiera durmiendo, a lo que ella respondió: «¿Sois españoles?». «Claro

—le respondí—, de Valencia. Volvemos en el avión de las 7:00 a Palma de Mallorca y después enlazamos a Valencia».

Nos presentamos mutuamente, se llamaba Paula, y me dijo que éste había sido el peor día de su vida, que le había pasado *una cosa muy fuerte* y necesitaba contárselo a alguien. Le ofrecí mi bufanda a cuadros, y me levanté para que saliéramos al congelador natural y me lo contara en el porche del aeropuerto. Se encendió otro pitillo compulsivamente y empezó su relato:

Mira Ángel, esto que voy a contarte es muy fuerte. ¿Ves las horas que son? Pues acabo de llegar desde Graz en un taxi... Estaba en casa de mi novio, de mi novio...

No podía expresarse y comenzó a llorar como una Magdalena. Mi instinto natural fue abrazarla fuertemente e intentar tranquilizarla acariciándole la espalda con mis manos, de arriba abajo. Al final se calmó y empezó de nuevo.

Bueno, donde íbamos. Yo estoy separada, ¿vale? Conocí a un señor austriaco hace unos meses en Palma de Mallorca, donde vivo. Tengo dos hijas. Allí todo eran buenos modales, galanterías de señor germano. Salíamos a cenar los viernes a algún restaurante y los sábados íbamos a bailar por ahí. Me había devuelto la ilusión después de una separación traumática con órdenes de alejamiento de por medio. Todo esto empezó hace tres meses, a principios de septiembre, cuando él se vino a pasar el otoño y el invierno a Palma, donde no hace este frío horrible y me invitó a pasar unos días aquí. Él se vino unos días antes.

—Bueno, y ¿qué ha pasado para que vengas a estas horas al aeropuerto temblorosa y casi sin ropa de abrigo? —le pregunté intentando no mostrarme impaciente.

Hemos discutido, evidentemente. Me vine a este puñetero país, que se supone que es más civilizado que el nuestro, a pasar el

puente de la Constitución y la Inmaculada y me encontré a un Otto totalmente diferente. Llegué a Graz y no vino ni siquiera a recogerme al aeropuerto. Le llamé un par de veces y me dijo que me esperaba en el centro. Allí nos vimos, y como no quería empezar estas vacaciones con problemas decidí no comentarle lo mal que me había sentado. Lo dejé pasar. Fuimos a su casa y cenamos alguna cosa que tenía por el frigorífico, pero no demasiado, pese a que sabía que yo iba a llegar. Me dijo que estaba cansado y se fue a dormir temprano porque quería salir a esquiar al día siguiente.

Al día siguiente se levantó a las seis de la mañana y se fue a esquiar todo el día con un amigo suyo a la pista más cercana. Yo, ingenua de mí, pensaba que vendría a comer, así que preparé una buena comida para que repusiera fuerzas al volver del esquí. Preparé la mesa como si fuéramos dos recién casados, con velitas y decoración navideña, pero no apareció el muy imbécil hasta las cinco y media de la tarde, después de cerrar las pistas. Cuando llegó, tuvimos la primera discusión. Me había pasado toda la mañana cocinando para que todo estuviera bien, ordenando aquella pocilga de solterón y llorando desde que acabé de comer hasta que entró por la puerta. ¿Qué necesidad tengo yo de estos jaleos a cientos de kilómetros de mi casa con dos hijas en Palma?

—¿Y si entramos dentro? Aquí me estoy congelando. Puedes fumar dentro, no hay guardias de seguridad ni cámaras en este aeropuerto —le sugerí.

Entramos y mi hermano se había incorporado. Se había dado cuenta que era imposible dormir en aquellas condiciones. Le presenté a Paula y se me quedó mirando como pensando: “¿Éste cómo la ha conocido?”. Ahora parecía más relajada, a años luz del nerviosismo con el que entró en el aeropuerto.

—Bueno. Soy todo oídos —le dije.

Mira, Ángel, el resto de días ha estado haciendo lo mismo que el primero. Por la mañana se iba a esquiar con su amiguito y volvía a las seis de la tarde. Volvía cansado, se duchaba y comíamos algo, pero se mostraba muy distante... Apenas ha pronunciado palabra. Me he pasado todo el puente encerrada en una casa como una rata, hasta que esta tarde cuando ha llegado le he soltado todo lo que pensaba de su actitud. Le he dicho a la cara que era un cerdo asqueroso, que dónde estaban todas las promesas que me hizo en Palma. ¿Dónde estaban los paseos por su querida Austria? ¿Las tardes visitando los Kristkindmarkt bebiendo Glüwein? Me dijo que me llevaría a Salzburgo a algún concierto navideño, visitaríamos Viena o incluso Innsbruck. ¿Dónde está todo eso? Me ha tratado como a una rata, encerrándome en su casa. Incluso he sentido miedo de él por si me hacía daño.

Y, ¿sabes qué me ha contestado? Que si no me gustaba su estilo de vida no debíamos estar juntos. Me ha chillado con el poco español que domina hasta que se ha pasado al alemán sabiendo que no le entendía. La situación se ha ido calentando hasta que le he dicho que para estar allí encerrada me iba a mi casa y me ha contestado: «¡Pues ya tardas! Vete a Palma y déjame en paz, no te quiero ver más».

—¡Joder! Menudo capullo, Paula, me estás dejando de piedra —le dije.

Mi hermano no daba crédito a lo que estaba escuchando. Él, que había estado en Austria desde septiembre y tenía un gran concepto de aquél país, no podía creer que hubiera gente que pudiera comportarse de esa manera. Musicalmente, que es lo que había llevado a mi hermano a estudiar en el Mozarteum, Austria está a años luz de España, aunque mucho nos pese. Paula prosiguió su relato.

Le he dicho que me pidiera un taxi y encendiera el ordenador. He comprado un vuelo como el vuestro que me ha costado una auténtica pasta por la urgencia, pero quiero irme de este jodido país y no volver en mi vida, pensar que todo esto ha sido un sueño y volver a cuidar de mis hijas con más dedicación puesto que son lo mejor que me ha pasado en la vida. Otto me ha ayudado incluso a hacer la reserva y le ha dicho al taxi que se esperara mientras he recogido mi poco equipaje, pero he salido con estas medias y este vestido y no era consciente que estábamos en Graz a -15 °C con una nevada que parecía el fin del mundo.

—Lo que tienes que hacer ahora es descansar... ¿Puedo darte un abrazo? Sé que lo has pasado muy mal así que ponte cómoda y descansa. Yo permaneceré despierto cuidando el equipaje.

Nos abrazamos intensamente durante un par de minutos, se me pasó por la cabeza besarla, acariciar su pelo pero mi cerebro me dijo que no debía abusar un caballero de una situación de debilidad ajena. Paula se sentó junto a mi hermano e intentó conciliar el sueño. Ahora el que no podía descansar era yo. Me levanté y me puse a caminar de nuevo de un extremo al otro del aeropuerto sin pisar los bordes de las grandes baldosas del suelo. Escuché de nuevo Salzburg Radio intentando conciliar el sueño hasta que de pronto se encendieron las luces de aquella enorme sala.

Mi hermano y Paula dormían profundamente. De pronto se acercó un guardia de seguridad y nos pidió el resguardo del billete de avión que justificase nuestro alojamiento en aquellas precarias condiciones de pseudo-vagabundeo. Saqué los nuestros y Paula me extendió su bolso para que yo sacara el suyo. Busqué entre los múltiples objetos que había allí hasta que lo encontré.

—*Kein problem* —nos dijo, y se marchó.

Poco a poco empezaron a llegar más personas al aeropuerto. El avión partía a las siete de la mañana pero podíamos facturar desde las cinco y media. Aún faltaba hora y media para facturar pero yo no podía descansar. Me fui al baño otra vez y me lavé la cara con agua caliente. Cuando subí ya había varias personas en los mostradores de facturación.

Saludé a Paula y me volví a dar cuenta de lo bella que era. Me contó que había sido azafata de vuelo durante unos años y que estaba curtida en esto de hacer y deshacer maletas así como de esperas en los aeropuertos.

Cuando abrieron la facturación fuimos los primeros. Mi hermano iba un poco delante como si no nos conociera de nada, no hacíamos mala pareja. Ayudé a Paula a sujetar su abrigo para pasar el control de pasaporte y de pronto nos vimos en una pequeña zona de tiendas esperando el ansiado avión. Como aún estaba todo cerrado me volví a sentar en alguno de los bancos. No podía ocultar el cansancio que invadía mi cuerpo pero estaba también exaltado por haber conocido a Paula y haberla ayudado en la medida de mis posibilidades.

Subimos al avión con puntualidad y nos sentamos juntos Paula y yo. Mi hermano se sentó detrás. Ella quería ventanilla así que me tocó pasillo sin opción a réplica. La salida se retrasó un poco porque estaban regando el avión con anticongelante. Los *flaps* se encontraban inmóviles debido a la congelación. Tras esta breve espera la aeronave despegó. Pedí una manta, la tapé y se durmió apoyando su cabeza sobre mi hombro. Acaricié su pelo. Estaba agotada, física y psicológicamente. Me levanté un poco y pude ver cómo sobrevolábamos la bella ciudad alpina de Innsbruck mientras seguíamos nuestra trayectoria hacia Palma.

Poco antes de llegar nos sacaron un ligero snack que me supo a gloria, y como Paula aún seguía durmiendo le guardé el suyo para cuando aterrizáramos.

* * *

Aterrizamos en Palma. El trayecto se me hizo cortísimo. Disfruté en mi asiento de pasillo porque me pasé aquella hora larga mirando su rostro, su cara de ángel, incluso llegué a sentir una leve excitación que me causaba sentimientos de contrariedad. Y ahora, ¿qué hacer? La desperté y le deseé buenos días, y me esbozó una amplia sonrisa con aquellos dientes blancos con su rostro soñoliento. Recogimos nuestras pertenencias y al bajar fuimos a por la maleta de Paula, las nuestras iban directas a Valencia. Me daban ganas de abrazarla pero me contuve. Sabía que podían ser los últimos momentos que la vería.

Una vez recogida, nos miramos. Le dije si quería mi teléfono o correo electrónico y negó lacónicamente. Quería borrar aquellos días de su vida y eso también me incluía a mí. Nos abrazamos fuertemente y me dijo que siempre se acordaría de mí.

Tras un fuerte apretón de manos se marchó hacia la salida dándome un último adiós. Entonces miré a mi hermano y noté que sonreía. Mirando la tarjeta de embarque nos dirigimos hacia la puerta que nos conduciría a Valencia. El cansancio y todo lo ocurrido me impedían distinguir si todo aquello era real o parte de un sueño. Nunca más volvimos a hablar de ella.

Ángel Company